

BIBLIOTECA DE MEDIANOCHE

¡Atrévete
a pasar
miedo!

Nick Shadow

La bahía del miedo y otros relatos



La bahía del miedo

—¡Señor Fenton! ¿Cree que podremos ver tiburones en la bahía? —gritó Adam Walker desde el último asiento del autobús. Su mejor amigo, David Burns, estaba sentado a su lado.

La clase se dirigía al Centro Marino de Garner Bay para disfrutar de una excursión en piragua.

—¡Señor Fenton! —dijo David—. Si vemos un tiburón, ¿podemos atraparlo para llevarlo al colegio y adoptarlo como mascota?

El señor Fenton se dio la vuelta y sonrió, cansado, a los dos muchachos.

—Si queréis mi opinión, las únicas criaturas peligrosas que habrá hoy allí sois vosotros dos —respon-

dió—. Ahora, por favor, tranquilizaos todos. Ya casi estamos llegando.

Adam miró a través de la ventanilla; estaba ansioso por meterse en el agua. Le encantaba hacer piragüismo y cada vez adquiría más seguridad, aunque David tenía mucha más experiencia ya que solía navegar con su padre y su tío los fines de semana de verano. Incluso lo había hecho por aguas rápidas. Adam sentía un poco de envidia secreta por la habilidad de David y aspiraba a ser, algún día, tan bueno como él.

El autobús tomó una curva pronunciada a la izquierda y recorrió el largo camino descendente hacia la bahía. El sendero bajaba por un estrecho desfiladero enmarcado por verdes laderas de las que sobresalían rocas puntiagudas que parecían huesos partidos.

Adam observó que la bahía formaba una ensenada natural en la costa de grises acantilados escarpados y peñascos de granito erosionado. El moderno centro marino estaba situado en un puerto amplio y resguardado, protegido por gruesas escolleras que lo separaban de las aguas del Atlántico, a las que solo se podía acceder a través de un estrecho canal. La espuma blanca burbujeaba alrededor de las rocas que pun-

teaban la desembocadura de la ensenada. Más allá de los acantilados, el mar refulgía bajo el cielo despejado de verano.

—¡Hace un día fantástico para navegar en canoa! —exclamó Adam.

—¡Ya lo creo! —coincidió David.

El autobús se detuvo y todos se apiñaron para bajar. Gritaban, y se empujaban para salir del vehículo.

—¡Tranquilos! ¡Tranquilos! —gritó el Señor Fenton por encima del ruido—. ¡Calmaos! Y quedaos todos en el autobús, que quiero deciros algo.

—¡Cuidado con la puerta! ¡La romperéis! —refunfuñó el conductor mientras David y Adam se sumaban al grupo que pugnaba por salir.

Adam le sonrió a modo de disculpa.

Pero luego, él y David se vieron arrastrados por la horda que forcejeaba para salir del autobús. Después de unos segundos de descontrol, los muchachos salieron en tropel hacia el asfalto.

Los alumnos se dispersaron en el aparcamiento. A pesar de que el señor Fenton les pidió que se calmaran, continuaron dándose codazos, empujándose y riendo.

—*¡Si no os calmáis regresaremos de inmediato al colegio!* —les advirtió el señor Fenton.

Al instante, los muchachos dejaron de darse em-pellones.

—Así está mejor. Seguid así. Ahora, poned atención. No podéis corretear por el Centro Marino como si fuerais un ejército de micos.

Se oyó un murmullo confuso y apagado, y David hizo una breve imitación de un gorila golpeándose el pecho, hasta que la mirada severa del señor Fenton le paró en seco.

—Bien —continuó el señor Fenton, señalando los alargados y bajos edificios de acero y cristal que conformaban el centro marino—. Además de recibir grupos escolares como el nuestro, cuenta con instalaciones para navegar, practicar surf, *windsurf* y buceo, así que no quiero que os interpongáis en el camino del resto de la gente ni que molestéis de ninguna manera, ¿entendido?

—Seríamos incapaces —respondió alguien.

Se oyeron risitas ahogadas.

—También hay una cafetería muy bonita, donde almorzaremos si os comportáis como es debido —prosiguió el señor Fenton—. Además visitaremos el museo de náutica e historia local de Garner Bay; estoy seguro de que os fascinará.

David se tapó la boca con la mano y bostezó en voz alta.

El señor Fenton continuó:

—Cuando salgamos con las piraguas, no quiero que nadie vaya más allá de las escolleras.

David refunfuñó, pero el señor Fenton lo ignoró.

—En mar abierto, las corrientes pueden ser muy impredecibles —explicó el señor Fenton—. Es demasiado peligroso. Y en respuesta a lo que preguntó Adam en el autobús, me dijeron que en esta época del año, con las corrientes cálidas del sur, se ven algunos tiburones marrajos.

Un murmullo de emoción recorrió el grupo. Adam miró a David.

—¡Vaya, tiburones! —exclamó—. Lo había preguntado en broma.

El señor Fenton levantó la mano para pedir silencio.

—Los marrajos pueden ser muy peligrosos —advirtió—. De manera que no nos arriesgaremos.

—Si me encontrase con uno, sabría cómo lidiar con él —afirmó David—. Esperaría a que abriera la boca y luego le metería el remo entre las mandíbulas. ¡Eso seguro que lo detendría!

—O podrías partir el remo en dos y clavarle la punta rota en el ojo —sugirió Adam—. Le llegaría al cerebro directamente y lo mataría.

—¿Y qué haríais si el tiburón ya os hubiera arrancado ambos brazos? —preguntó el señor Fenton con tono burlón.

—Entonces le daría cabezazos —aseguró David, inclinando la cabeza hacia adelante bruscamente—. ¡Justo entre los ojos!

Todos rieron, y Adam comprobó que ni el señor Fenton podía contener la risa esta vez.

—Pues, basta de tiburones —dijo—. Sé que algunos de vosotros ya habéis practicado el piragüismo en río, pero controlar una canoa en el mar es totalmente distinto, aun en una bahía tranquila como esta. Por eso un instructor os dará una charla sobre seguridad, técnicas y habilidades básicas.

—¿Y cuándo saldremos a navegar? —preguntó uno de los muchachos.

—Todo a su debido momento —respondió el señor Fenton—. La charla no durará más de media hora, así que tendréis tiempo de sobra para disfrutar del agua. Ahora, seguidme todos.

Se dio la vuelta y guio a los alumnos a través de las puertas acristaladas del vestíbulo del Centro Marino.

—¿Media hora? —murmuró David—. ¡Qué plomazo! —Miró a Adam—. No vayamos —propuso por lo

bajo—. Seguramente sé tanto de piragüismo como cualquier instructor viejo y tonto.

Adam miró con ansiedad en dirección al maestro.

—No lo sé —dudó—. El señor Fenton se pondrá hecho una fiera si hacemos novillos.

—Ni siquiera se dará cuenta de que nos fuimos —insistió David, que permanecía en su sitio mientras los demás comenzaban a entrar en el edificio—. Iré a ver las canoas, contigo o sin ti.

Adam se quedó dudando en la puerta. David ya se alejaba por el costado del edificio.

—Te mataré si nos castigan por esto —dijo Adam entre dientes mientras corría para alcanzar a su amigo.

—Te preocupas demasiado —respondió David con brillo en la mirada—. Piénsalo: sin Fenton y sin un tonto instructor que nos diga qué podemos y qué no podemos hacer, ¡saldremos del puerto y nos divertiremos en grande!

Adam frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

David sonrió de oreja a oreja.

—Buena no, brillante —aseguró y arqueó una ceja—. Claro que, si tienes tanto miedo... —David cambió la entonación de forma sugerente.

Con eso bastó. Adam le dirigió una mirada furiosa.

—¡Venga! —dijo—.

Los muchachos se ocultaron a la vuelta del edificio durante unos minutos para asegurarse de que no hubiera ningún adulto aguafiestas. No querían que nadie les preguntase qué estaban haciendo. En cuanto vieron que no había moros en la costa, corrieron, risueños, hacia las canoas. Sin permiso, cogieron sendos chalecos salvavidas y equipos impermeables de un cobertizo abierto ubicado cerca de la orilla. Se los colocaron rápidamente y eligieron dos de las mejores canoas.

Adam se subió y se sentó con cuidado, apoyando una mano en el embarcadero de madera mientras sentía el vaivén de la estrecha nave. Era solo cuestión de mantener el equilibrio, y dejarse llevar por el suave oleaje. Ajustó el cobertor impermeable a la canoa y soltó amarras.

Asió el remo con las dos manos y empujó el agua con fuerza; luego lo mantuvo en posición vertical, con la pala apretada contra el costado de la embarcación. Esta avanzaba deprisa, y Adam sonrió para sí. David tenía razón: eso era mil veces mejor que una charla aburrida.

—Eh, ¡no vayas tan rápido! —gritó Adam.

David ya le llevaba una buena ventaja. Remaba con movimientos largos y suaves y la proa de su piragua apuntaba directamente a la salida de la escollera.

—A ver quién sale primero del puerto —propuso David.

En ese momento, una vocecita interior le dijo a Adam: *Estarás castigado durante un mes si el viejo Fenton se da cuenta de que te escabulliste del grupo.* Pero no le hizo caso. Se estaba divirtiendo demasiado como para preocuparse por Fenton.

Remó deprisa y con esfuerzo para alcanzar a David. Advirtió que la proa de su canoa se estaba desviando. Con una cuidadosa maniobra, hizo un movimiento de palanca para corregir la dirección de su embarcación: clavó el remo en el agua con la pala paralela a la quilla y luego empujó con fuerza hacia afuera. La parte trasera de la canoa se deslizó por el agua y la proa retomó su rumbo.

Adam le gritó a David:

—Y el viejo Fenton cree que necesitamos un curso de piragüismo para principiantes, ¡je!

—Sí —respondió David—. ¡Como si nos hiciera falta!

Las olas se hacían cada vez más grandes a medida que Adam se acercaba a la salida de la escollera; la canoa subía y bajaba al cruzarlas. Algunas olas grandes rompían contra la proa, pero Adam había sellado todo muy bien con el cobertor, por lo que no había peligro de que entrara agua en la embarcación. Mientras luchaba contra el creciente oleaje, se sintió un poco intranquilo, pero logró dominar la canoa y recuperó la seguridad.

«¡De veras puedo hacerlo!», pensó. «¡Excelente!».

Adam siguió a David hacia mar abierto. Remaron hacia un lado para que no pudieran verlos desde el puerto deportivo. No había otras embarcaciones, tan solo los acompañaba el continuo vaivén de las olas.

David dio un grito de alegría al avanzar hacia una inmensa ola blanca. Remó con fuerza y seguridad para pasar por encima de ella y movió el cuerpo para mantener el equilibrio mientras la liviana embarcación se balanceaba de un lado a otro en el agua. Adam observaba a su amigo. Esperaba poder montar las olas con la misma seguridad algún día.

—¡Ahora tú! —gritó David—. Adam hizo una maniobra para quedar frente a la ola. Sintió que la piragua descendía repentinamente. Eso le provocó una extraña sensación en el estómago: estaba ma-

reado, pero a la vez era emocionante. De pronto, la ola comenzó a levantar la canoa, y Adam hizo todo lo posible para controlarla mientras llegaba a la cresta. Se vio rodeado de espuma blanca, y la canoa giró como un trompo. Adam se inclinó acompañando el movimiento de la embarcación, extendió el remo hacia afuera y empleó la parte plana de la pala para enderezar la canoa. El agua fría le salpicaba el rostro y los ojos le escocían. Sintió el sabor del agua salada.

La ola le levantó pero él conservó la calma. «Quédate tranquilo y continua avanzando», pensó. Remó del otro lado rápidamente para no quedar atrapado mientras descendía junto con la ola.

Tras unos segundos de frenesí, todo terminó. Dio un grito de alegría: había ganado la batalla.

—¡Muy bien! —dijo David remando cerca de Adam—. ¡Por un momento creí que saldrías despedido de la canoa!

—¡No, señor! —alardeó Adam mientras escupía agua—. ¡Soy tan bueno como tú!

David rio:

—¡En tus sueños! —dijo—. ¡Intenta darte la vuelta con la canoa! Te mostraré cómo se hace y luego lo harás tú.

Se alejó un poco para encontrar una zona menos turbulenta. Adam lo siguió, echó un vistazo rápido hacia atrás y se sorprendió por lo lejos que estaban de las escolleras.

—¿Ves algún tiburón? —preguntó David.

Adam recorrió el agua con la mirada.

—No —respondió.

—¡Qué pena! —exclamó David—. ¡Hubiera sido genial!

Adam asintió con la cabeza, aunque para sus adentros se sintió aliviado de que no hubiera grandes predadores, en especial esos que pueden partir una canoa por la mitad de un solo mordisco.

Ahora estaban en aguas relativamente mansas. David estabilizó su embarcación.

—¡Mira esto! —exclamó.

Momentos después, le dio la vuelta a la piragua y se hundió en el mar. Adam suponía que su amigo aparecería unos segundos después, pero la canoa permaneció boca abajo mientras las olas bañaban la quilla larga y delgada.

De repente, Adam se sintió angustiado.

—¿David? —gritó—. Hundió su remo en el agua y se dirigió con celeridad hacia la piragua de su amigo.

Darse la vuelta no era tan difícil. Algo debía de haber salido mal. David podía ahogarse.

Desesperado, Adam intentó recordar lo que le habían enseñado, pero no tenía ni la menor idea de lo que debía hacer en una situación como esa. La única alternativa era salir de la canoa y meterse en el agua; quizá así podría ayudar a su amigo.

Cuando se disponía a quitar el cobertor impermeable advirtió que, de repente, la canoa se levantaba. Se inclinó hacia un lado y hubo un estallido de espuma blanca al tiempo que David emergía. Tenía el cabello aplastado y sujetaba el remo con firmeza.

—¿Qué tal estuvo eso? —jadeó David, empapado—. Impresionante, ¿no?

—¡No estuvo mal! —dijo Adam, disimulando el pánico y conteniendo las ganas de gritarle a David por haberle asustado de esa manera—. Pero he visto cosas mejores.

—¡Imposible! —dijo David—. Fue una maniobra perfecta, y lo sabes. ¡Ahora, inténtalo tú!

—Muy fácil —dijo Adam—. ¡Mira esto!

Hizo un par de inspiraciones profundas y largas. Sabía cómo darle la vuelta a la canoa, aunque solo lo había probado unas pocas veces en las aguas tranquilas del río.

Levantó la rodilla derecha y se inclinó hacia un lado de la canoa con el remo pegado al cuerpo. La canoa se ladeó y Adam vio el agua cada vez más cerca. Contuvo la respiración al hundirse en el agua fría. Bajo la superficie, veía rayos de luz brillante que perforaban el agua a través de un montón de burbujas. Completó el giro con las caderas y el torso, extendió el remo con ambas manos, lo mantuvo en posición horizontal y buscó la superficie. Una vez que el remo emergiera, podría usarlo para hacer palanca y salir del agua.

Pero a medida que movía el cuerpo y empujaba el agua con el remo, sintió que la canoa oponía resistencia. No lograba darle la vuelta. Luchó con el remo, lo hundió lo más profundo posible para cobrar impulso pero, aun así, la canoa no se movía. Le invadió el pánico. Tendría que salir rápidamente, antes de quedarse sin aire.

De pronto, la canoa respondió a sus movimientos y Adam logró emerger. Llegó a la superficie jadeando y escupiendo agua salada. David reía.

—¡Eres un idiota! —refunfuñó Adam al caer en la cuenta de que había sido su amigo el que le había impedido darle la vuelta a su embarcación para salir del agua—. ¿Por qué lo hiciste?

Pero David solo reía a carcajadas. Luego comenzó a remar a toda velocidad en paralelo a la costa.

—¡Te alcanzaré! —gritó Adam, remando en la misma dirección—. ¡Y te romperé la cabeza, imbécil!

—¡Como gustes! —se burló David—. ¡Pero primero tendrás que pillarme!

Al principio, Adam estaba tan concentrado en alcanzar a su amigo que casi ni notó las delgadas volutas de bruma que comenzaban a envolverles. Fue el frío repentino lo que le hizo darse cuenta de que algo sucedía. David aún le sacaba una buena ventaja, y su silueta se perdía en la fina niebla. Ahora los altos acantilados no eran más que una mancha gris y fantasmal en el horizonte.

—¡Oye! —gritó Adam—. ¡Para, David! ¡Será mejor que regresemos!

Mientras hablaba, una bruma más espesa aún comenzaba a cubrirlo, envolviéndolo en el aire frío.

—¡David! —gritó Adam.

La canoa de su amigo había desaparecido detrás del manto gris.

—¡Aquí estoy! —se oyó una voz débil.

Adam intentó ver a través de la neblina.

De pronto apareció una silueta pequeña. Era David, que remaba hacia él.